



Ah! curiosillo... dijo la maliciosa niña amenazándole con el dedo.

Litog. de Decaen.

6 por aquel pretexto toman las armas repentinamente y ahí los teneis insurreccionados.

Sertorio, absolutamente entregado á combinar los medios de sofocar la insurreccion, preparábase á combatir, sin acordarse ya de su hermosa cierva sino para dolerse de haberla perdido; cuando estando á punto de ir á dar batalla, ve correr hácia él, alegre y brincando, el pobre animal que juzgaba muerto: encarga á los suyos que guarden el mayor secreto; preséntase á los caudillos de los españoles y les dice con alborozo: "Acabo de recibir escelentes noticias; no tardará en volver mi cierva."

Cuando esto decia aparécese la cierva, corre hácia Sertorio y le lame la mano derecha como habia acostumbrado hacerlo. Entonces los bárbaros, estáticos, mudos de sorpresa, esclaman: "No hay remedio, el cielo favorece á este hombre." Tal incidente ocasionó que Sertorio les infundiese sumo respeto, y desde aquel dia se le mostraron siempre sumisos.

Esta historia es cierta, hijos míos; sin embargo, no la tomeis muy á lo serio, ni como los españoles de aquel tiempo vayais á creer que hay de esas ciervas portentosas.

## JUAN DE BRIE.

### I.

#### EL BUEN PASTORCITO.

—CARNEROS, carneritos blancos, decia una mañana del mes de Mayo de 1369, un pastorcillo de la Brie, cuya edad seria la de diez años, al abrir la puerta de su aprisco, y haciendo una caricia á cada carnero que pasaba delante de él caracoleando.

—Venid: hace buen tiempo, se levanta el sol y la yerba está cubierta de rocío, que debe darle un sabor delicioso; venid conmigo, vamos, amigos míos; vámonos allá, á la pradera.....; Ah, cuánto os quiero, chulos, blancos y mansos carneritos!

Y colocándose con un perro negro tan grande como él, detras de su rebaño, púsose el pastorcillo á trepar por una colina, á la falda de la cual estaba el aprisco.

Cuando llegado á la mitad de la pendiente, volvió los ojos á la izquierda, hácia una gran casa blanca, cuyas ventanas estaban abiertas,



—Ea, ea, anciano Ralph, dijo acariciando al perrazo que le acompañaba, hoy tendremos algunos huesos gordos que roer; la casa del señor canónigo de Saint-Brice está habitada. . . . Por vida mía que eso nos viene á pelo; ¿es verdad? este año ha sido muy dilatada para nosotros la cuaresma.

Y luego, con los ojos constantemente puestos en aquella casa donde parecia reinar un estremado movimiento (todo el mundo allí iba y venia), prosiguió su camino. En la meseta de la cima de la colina habia un bosque de acacias en flor: tendióse muellemente el pastorillo bajo su sombra, y confiando á su fiel perro el cuidado de sus ovejas, no tardó en entregarse al sueño.

Cuando despertó, hallábase el sol en el punto mas elevado de su carrera, y arrojaba directamente sobre el bosquecillo sus ardientes rayos. Iba á variar de posicion para continuar su sueño, cuando repentinamente una voz pausada y grave que oyó á su inmediacion le dejó inmóvil.

Esta voz leia alto lo que sigue, con una unción santa y religiosa:

“ Hermanos míos, tened por sumo gozo, cuando fuéreis envueltos en diversas tribulaciones:

“ Sabiendo que la prueba de vuestra fé obra paciencia.

“ Mas la paciencia contiene obra perfecta, para que seais perfectos y cabales, sin faltar en cosa alguna.

“ Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, demándela á Dios, que la dá á todos copiosamente, y no zahiere; y le será concedida.

“ Pero pídale con fé, sin dudar en nada; porque el que duda, es semejante á la ola de la mar, cuando la mueve el viento, y la trae acá y allá.

“ Y así no piense aquel hombre que recibirá cosa alguna del Señor.

“ El varon de ánimo doble, es inconstante en todos sus caminos.

“ El hermano que es humilde, préciase en su exaltacion:

“ Y el rico en su humildad, porque él pasará como flor de yerba:

“ Porque salió el sol con ardor y secó la yerba, y cayó la flor de ella, y pereció su vistosa hermosura: así tambien el rico se marchitará en sus caminos.

“ Bienaventurado el varon que sufre tentacion; porque despues que fuere probado, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido á los que le aman.

“ Nadie diga cuando fuere tentado que es tentado de Dios; porque Dios no intenta los males; y él no tienta á ninguno.

“ Mas cada uno es tentado, arrastrado y halagado de su concupiscencia.

“ Y la concupiscencia, despues que ha concebido, pare pecado; y el pecado, cuando es consumado, engendra muerte.

“ Pues no querais errar, hermanos míos muy amados.

“ Toda dádiva escelente, y todo don perfecto es de lo alto, que desciende del Padre de las lumbres, en el cual no hay mudanza ni sombra de variacion.

“ Porque de su voluntad nos ha engendrado por palabra de verdad, para que seamos como primicias de sus criaturas.

“ Vosotros lo sabeis, hermanos míos muy amados. Por esto, todo hombre sea pronto para oír, pero tardo para hablar, y tardo para airarse.”

—¡Dios mío! ¡qué lindo es eso, y cuánto diera yo porque lo oyera nuestro amo! dijo entre dientes una voz de niño, interrumpiendo sin transicion la voz grave del que leia.

Volvió éste el rostro, y ambos desconocidos se miraron: el uno era un chico, rollizo y de buenos colores, sobre cuyo redondo rostro caia formando abundantes rizos su cabello rubio; una simple túnica azul, ceñida á la medianía del cuerpo con un cinturón de cuero, componia su traje, y tenia las piernas desnudas y los piés descalzos: el otro era un hombre alto, delgado y pálido, que tendria unos sesenta años: su cabeza, que se veia rasurada en la coronilla, y en la cual no se percibia sino un escaso pelo cano hácia las sienes, que se prolongaba en derredor como corona, hacia ver que pertenecia á alguna congregacion de canónigos. Estaba vestido con dos túnicas; la de encima, que era de un morado claro y anchas mangas, estaba abierta como á la medianía del muslo, y le bajaba por delante y por detrás hasta los piés; la otra era verde, y unas mangas estrechas que se le veian, sin duda no formaban parte de ella, porque eran de un morado oscuro.

El anciano y el niño se sonrieron con satisfaccion uno á otro.

—¿Ese primer capítulo de la epístola de Santiago que acabo de leer, es lo que te parece lindo? preguntó el canónigo.

—¡Ay, sí, buen padre! contestó el niño con una sencillez interesante; mucho me holgaria de que hiciéseis aprender eso de memoria al amo del rebaño que allí veis, quien por un sí, por un no, pega por aquí, pega por allá, grita agua va, y el pobre pastor queda muchas veces debajo y aun con frecuencia. . . . .

—¿Y es tu padre el dueño de ese rebaño? preguntó el canónigo.

—Mi padre murió mucho tiempo hace; jamas le conocí, dijo el niño con un pesar que movia á lástima; tambien murió mi madre: desde el día en que falleció, tres veces se ha segado la yerba de los prados: dejésemelo desnudo, por tierra, é iba á morir de frio y de hambre, cuando Tomás, dueño de esos chulos carneritos blancos, pasó donde yo estaba, reparó en mí y me llevó á su casa envuelto en su capote.



—¡ Con que eres huérfano! ¡ Pobre chico! dijo el canónigo, descubriendo con su mano la frente del pastorcillo.

—No, padre, yo soy pastor, contestó con candor el párbulo.

Sonrió el canónigo.

—Llámase huérfano, dijo, el niño que no tiene padres. ¿Cómo te llamas? añadió un momento despues.

—Juan, contestó el chico.

—¿Eres dichoso, Juan?

—¿Qué quiere decir dichoso?

—¿Estás contento con tu suerte?

—Cuando estoy en el campo, sí; pero no cuando vuelvo á casa.

—Vamos, Juan, esplicame eso.

—¡Diantre! sin embargo, eso es bastante fácil de comprender, buen padre.... Cuando estoy fuera, encuéntrome en compañía de mis carneros y mi perro, que me quieren, á los que yo tambien quiero mucho; en casa ya es distinto; maese Tomás es adusto y duro; Dieguita, su muger, avara y regañona; Maruca, su hija mayor, celosa y glotona; Anita, la menor, mohina; y los dos muchachos, Carlitos y Perico, perversos, tacaños, rencorosos..... ¡Oh, sobre todo, muy rencorosos!

Volvió el canónigo una hoja de su libro diciendo:

—No hace mucho, Juan, que habrias querido que oyese tu amo lo que yo leia, á fin de que se corrigiese; escucha tú, pues, lo que sigue, y aprovéchate.—Es del capítulo tercero de la epístola de Santiago.

Dicho esto, con el mismo acento grave y severo, púsose á leer el canónigo:

“ Porque todos tropezamos en muchas cosas. El que no tropieza en palabra, este es varon perfecto. Porque puede tener del freno á todo el cuerpo.

“ Y si ponemos frenos en las bocas de los caballos para que nos obedezcan, gobernamos todo el cuerpo de ellos.

“ Mirad tambien las naves: aunque sean grandes, y las traigan y lleven impetuosos vientos, con un pequeño timon se vuelven á donde quiere el que las gobierna.

“ Así tambien la lengua, pequeño miembro es en verdad, mas de grandes cosas se gloria. ¡ Hé aquí, un pequeño fuego cuán grande selva incendia!

“ Y la lengua fuego es, un mundo de maldad. La lengua se cuenta entre nuestros miembros, la cual contamina todo el cuerpo, é inflama la rueda de nuestro nacimiento, inflamada ella de fuego infernal.

“ Porque toda naturaleza de bestias, y de aves, y de sierpes, y de las otras cosas, se doma, y la naturaleza del hombre las ha domado todas:

“ Pero ningun hombre puede domar la lengua; que es un mal que no cesa, y está llena de veneno mortal.

“ Con ella bendecimos á Dios y al Padre; y con ella maldecimos á los hombres, que fueron hechos á semejanza de Dios.

“ De una misma boca procede bendicion y maldicion. No conviene, hermanos míos, que esto sea así.”

—Eso mismo haces tú, Juan, dijo el canónigo, interrumpiendo su lectura; con la misma boca que bendices á maese Tomás, porque te salvó de la muerte, le maldices por algunos defectos que, despues de todo, te originan menos mal que bienes te han atraído sus beneficios.... ¿En qué estás pensando, hijo mio?

—Estoy pensando.... dijo Juan muy serio, estoy pensando en que eso que decís es como un sermón de los que predica el señor cura los domingos, en la plática.... La única diferencia que encuentro es, que el cura nos mira, mira el aire, mira las paredes de la iglesia, y vos no mirais sino ahí dentro.

Y Juan señalaba el voluminoso libro que tenia abierto sobre sus rodillas el canónigo.

—Lo que te he dicho se encuentra aquí, hijo mio, contestó el canónigo.

—¡ Ahí....! exclamó asombrado el chicuelo; ¡ ahí....! ¡ Oh, buen señor! dejadme ver no mas una nadita, si es que me dais vuestro permiso.

El canónigo pasó á manos del pastorcillo el voluminoso libro; puso los ojos Juan en él, con ansia, tomólo y dióle mil vueltas.

—¡ Cosa original! dijo al cabo; yo nada veo.

—¿ Nada? contestó el canónigo sonriendo.

—Es decir, no veo sino puntitos negros, hechos de treinta y seis maneras distintas, y dispuestos en callejuelas como las parras del viñedo del señor cura.

—Aquél, contestó con afabilidad el canónigo, que se haga dueño del secreto de esos puntitos negros, hechos de veinte y cinco maneras distintas y no de treinta y seis, y dispuestos en callejuelas como las parras del viñedo del señor cura, verá sin embargo lo que yo te he dicho.

—¡ Cosas tan lindas! exclamó Juan; ¡ ay Dios mio! ¡ qué feliz sois, mi buen señor, con poseer tan chulo secreto!

Callóse el chico, reflexionó, y un momento despues repuso:

—Con vuestra licencia, mi buen señor, pregunto: ¿es de vos solo ese secreto?

Sonrió el canónigo, y dijo:

—Este secreto no es solo mio, á Dios gracias, y se llama saber leer: